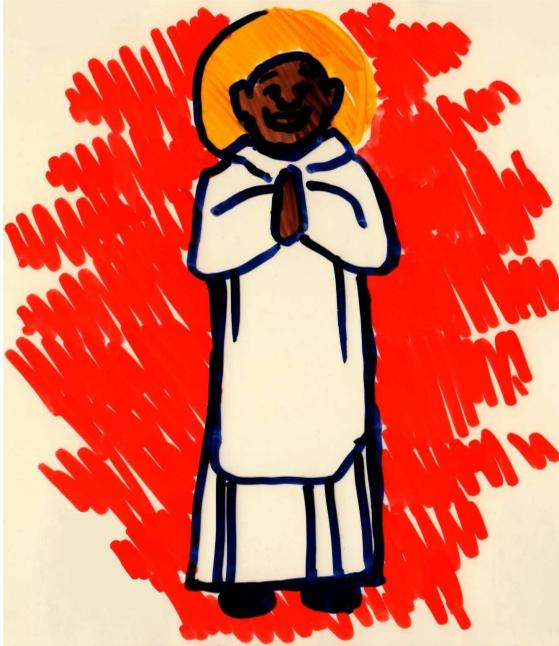


VIDA Y MILAGROS DEL



Hno. RAUL DE MARTINICA

ANALECTA CARTUSIANA

Este folleto es distribuido gratuitamente en www.chartreux.org

fr. Dysmas, Prior de Chartreuse,

21 de febrero de 2024.

© Monastère de la Grande Chartreuse

Todos los derechos reservados para todos los países

*Ex annalibus domni Lucae, archeotes Majoris
Cartusiae :*

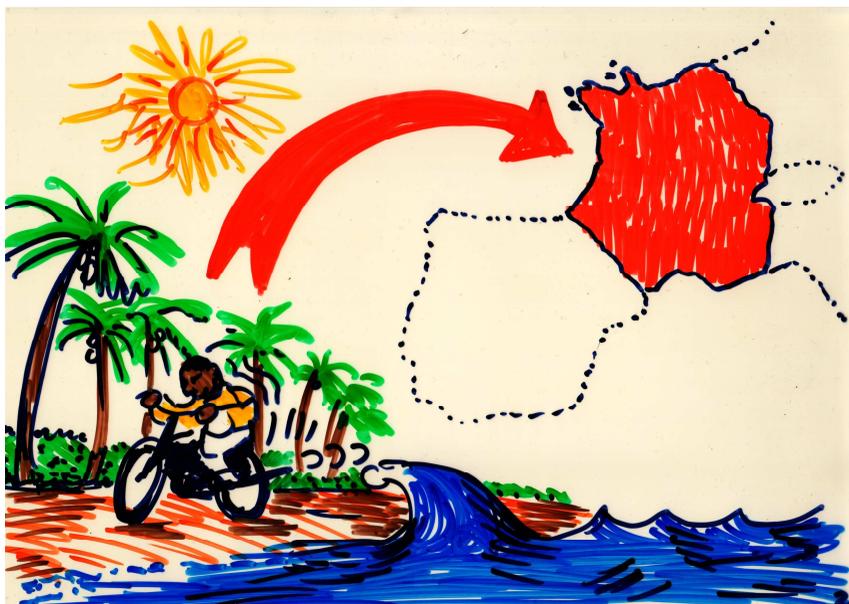
*Vita et miracula fratris
Radulphi donati*

*(De los anales de Dom Luc, archivero de la Gran Cartuja:
Vida y milagros del hermano Raúl, donado)*

*Transcripción fiel de un cuaderno manuscrito encontrado
en la celda de Dom Luc durante el ejercicio de incendio
del 3 de septiembre de 2016.
Ad maiorem Dei gloriam.*

**UNA CO-EDICIÓN
Analecta Cartusiana - Grande Chartreuse
MMXVI**

imprimi potest
fr. Dysmas
Prior Cartusiae



Hacia finales del siglo XX, un pecador como los demás vivía en una pequeña isla llamada Martinica. Poco se sabe de los primeros años de su vida o de la historia de sus antepasados, si eran de origen noble o si siempre habían adherido a la religión católica. Los únicos datos de esa época que han llegado hasta nosotros son los siguientes: en su juventud, este joven disfrutaba de los placeres del mundo y se divertía en clubes nocturnos, charlaba con chicas y le gustaban las motos; en resumen, era un chico muy normal. Se llamaba Raúl.

Por misteriosas circunstancias, la Providencia le llevó de su pequeño paraíso caribeño a la Francia continental. Allí, tocado por la gracia divina, abandonó las fugaces sombras del siglo para partir en busca de los bienes eternos e ingresó en el monasterio cisterciense de estricta observancia de La Gran Trapa. De aquella época conocemos los primeros detalles de su vida.

Un día, este valiente hermano estaba trabajando en el campo con los demás. Era un día caluroso y grandes gotas de sudor se acumulaban en su frente. De repente, vio a alguien de pie por encima de él, a unos metros de distancia, rodeado de una nube de luz. El hombre que vio llevaba un hábito blanco desconocido para Raúl, con el escapulario unido por bandas laterales. Este hombre venerable, de rostro apacible, le señaló una montaña lejana y le dijo: *“Raúl, Raúl, vete a trabajar a mi viña y conviértete en mi hijo...”*. Al oír estas palabras, Raúl comprendió de repente, por una iluminación sobrenatural, que era san Bruno quien le llamaba a ingresar en el monasterio de la Grand Cartuja, para vivir en un silencio y una soledad aún mayores. Dejando atrás su pala y a sus hermanos, partió hacia el macizo de la Chartreuse y cambió el hábito trapense por el hábito cartujano.



Desde que se unió a nosotros, hemos tenido más información sobre la extraordinaria vida de este buen hermano que era querido por todos. En efecto, muy poco después de su llegada, sus

hermanos notaron que este nuevo novicio se distinguía de los demás por su elevada virtud. Pero lo más preocupante es que notaron que en su vida se producían algunos actos de la gracia extraordinarios, poco comunes en la cartuja. Por ello, hemos intentado recoger los testimonios de sus hermanos y superiores para dejar constancia de la verdadera historia de esta vida edificante en la crónica de la casa.



El primer milagro del Hermano Raúl -muy sencillo en comparación con los notables acontecimientos que vendrían después- ocurrió en las semanas siguientes a su toma de hábito. Iba de camino durante el paseo cuando vio a un hombre mal vestido y tatuado que se comportaba de forma bastante grosera y parecía burlarse de los monjes que pasaban por allí. Un novicio vio que el hermano Raúl se recogía en oración y, al pasar también él junto a aquel hombre, lo miró fijamente con ojos tiernos y una gran sonrisa. Rayos de luz salieron de sus ojos e invadieron al otro hombre. El hombre, abrumado, cayó inmediatamente de

rodillas, presa del arrepentimiento. Lágrimas ardientes comenzaron a rodar por sus mejillas. Entre los sollozos se oían las palabras: “¡Benditos sean Jesús y María!” y “¡Hermano, reza por mí!”.

Un día, alguien se me acercó después del recreo dominical y me dijo: “Padre, debe anotar esto en la crónica de la casa: en efecto, este nuevo hermano parece invisible. Tanto si está con los Padres como con los Hermanos, nunca se le ve... ¡es invisible!”.

Así que yo, asombrado por las palabras de este hermano de confianza, volví inmediatamente a mi celda para escribirlo, incluso antes de que sonara la campana de Vísperas. Y desde entonces no he dejado de observarlo: efectivamente, debe de ser invisible, porque no se le ve.



A la izquierda, visto en los Padres; a la derecha, en los Hermanos.

El siguiente acontecimiento sobrenatural en la vida de nuestro virtuoso hermano se repitió con regularidad. Parece que la

práctica que vamos a describir comenzó al entrar, pero es muy probable que el hermano ya la utilizara desde hacía mucho tiempo. En efecto, la mayoría de los días, sobre todo los viernes, hacia las tres de la tarde, se podía ver a este hermano salir discretamente de su obediencia para arrodillarse ante una gran imagen de Jesús Misericordioso. Era la hora santa, y el hermano Raúl recitaba la corona a la Divina Misericordia que Nuestro Señor inspiró a sor Faustina. Muy a menudo, según me contaron, se veían cerca de él, como en miniatura, almas que se habían salvado de los sufrimientos del Purgatorio, ascendiendo al Cielo, gracias a su oración...



Vi con mis propios ojos, y lo proclamo bajo juramento, que un día, mientras este hermano rezaba el rosario, le brotaron alas: su aspecto se volvió entonces igual al de un ángel, moreno, pero ángel.

Sin embargo, compartiendo la suerte común de nuestra débil naturaleza, a veces cometía pequeños errores durante su trabajo. Un testigo observó que un día, mientras fregaba los platos, se le apareció la Santísima Virgen para reprenderle suavemente e instruirle sobre la mejor manera de realizar su servicio. El Hermano Raúl tomó inmediatamente *veniam*, agradeció a su Madre celestial su solicitud y se dispuso a corregirse y a lavar las gamellas con más cuidado y perfección que antes.



Recogimos el siguiente hecho del Hermano Procurador, encargado de supervisar de vez en cuando el trabajo del Hermano Raúl. Parece que la gracia quiso configurar a nuestro hermano con su Señor Jesús en su solicitud por el bien, incluso corporal, de sus discípulos. Se encontraba en una situación sin remedio bastante desagradable: durante el Capítulo General, debía hacer sesenta vasitos de crema de chocolate, ¡pero sólo había leche y polvos para hacer veinte! El Procurador nos cuenta que el

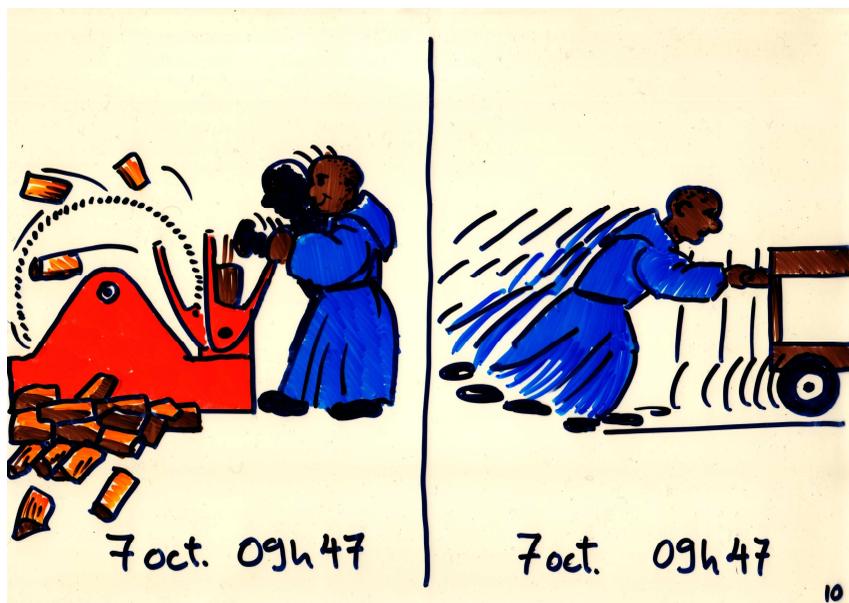
Hermano Raúl no se inquietó por ello. Con su habitual confianza en la Divina Providencia, se puso a calentar los pocos litros de leche y a mezclar el único sobre de polvo que tenía. Murmurando oraciones que no alcanzamos a distinguir, vertió la mezcla en los potes... Y vertió... y vertió... Y sin saber cómo, los sesenta potes se llenaron hasta el borde. Fue entonces cuando el Hermano Raúl se dio cuenta de la milagrosa multiplicación de la crema de chocolate. Con su sencillez habitual, levantó los ojos al Cielo y dijo: "*¡Gracias, Señor!*" - como si fuera la cosa más ordinaria del mundo. Sin embargo, el Procurador quedó estupefacto y vino directamente a mi celda para asegurarse de que estos hechos no se olvidarían más tarde.



El Hermano Raúl estaba siempre sereno. Cumplía su servicio con atención y recogimiento. Sin embargo, un día tuvo un pequeño accidente: era casi la hora del servicio del claustro, y no se podía perder el tiempo, cuando de repente una rueda del carrito de la despensa reventó, tirándolo todo al suelo. El pobre Raúl, desanimado, se sentó en el suelo sin saber qué hacer, rezó a su ángel de la guarda, y cuando se levantó, atónito, encontró todo de nuevo en su sitio. Nunca pudo explicárselo a sí mismo, pero un viejo hermano que pasaba por el otro extremo del claustro en aquel momento asegura que vio no a una, sino a dos figurillas blancas y transparentes poner todo en su sitio muy rápidamente. Este hermano sigue creyendo firmemente que se trataba de seres sobrenaturales, pero nadie ha podido comprobarlo.



Pero pasemos ahora a hechos aún más maravillosos, perfectamente atestiguados por testigos fidedignos.



Un día en que todo el grupo de hermanos tenía mucha prisa porque había mucho trabajo que hacer, mucho más de lo habitual, y no había suficientes hermanos disponibles, el Hermano Raúl fue observado exactamente a la misma hora en dos lugares diferentes. Un testigo le vio a las 9:47 am. con el carro en el claustro, mientras que otro me aseguró que le había visto a la misma hora cortando leña en el aserradero, a varios centenares de metros de distancia. No hemos encontrado otra explicación que admitir que se trata de un verdadero caso de bilocación, como el que se oyó por última vez en vida del padre Pío para convertir a los pecadores y asistir a los moribundos durante sus últimos momentos en la tierra... Sólo podemos explicarlo por la ardiente caridad que animaba a este hermano y que debió de provocar en el Cielo un torrente de gracias para que pudiera satisfacer su deseo de servir lo más posible a sus hermanos.

Fue más o menos en aquella época cuando toda la comunidad presenció el siguiente incidente. Estábamos todos reunidos en el presbiterio de la iglesia para recibir la Sagrada Comunión. Poco después de recibir la Preciosa Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, el Hermano Raúl, ante el asombro de todos, comenzó a levantarse de la tierra. Con el rostro transfigurado, flotaba a unos 30 cm del suelo. Uno de los hermanos corrió a la sacristía a buscar una cinta métrica y midió la altura para comprobar el prodigio con la mayor exactitud posible. Vi al Padre Maestro desesperado porque no sabía cómo reaccionar, y yo mismo aproveché para anotar el suceso lo más exactamente posible antes de transcribirlo en esta crónica. Al cabo de unos instantes, el hermano recobró el sentido, volvió al suelo y, naturalmente, ocupó su lugar en el coro como si nada hubiera pasado... Los demás, tras volver a sus puestos, intentaron cantar la antífona de la Comunión, ¡pero apenas lo consiguieron porque estaban llenos de estupor!



Por último, relataremos el hecho más íntimo que conocemos de la vida de oración del Hermano Raúl. Lo que sigue está analizado con detalle en la “Autobiografía” de santa Teresa de Ávila, pero nunca hubiéramos creído que pudiera haber ocurrido también aquí, en la Cartuja... Un domingo, día del Señor, en pleno invierno, se le vio pasear por los sótanos de la casa con un plato de plátanos que llevaba a la despensa. Su oración y recogimiento habituales se vieron súbitamente interrumpidos cuando una flecha encendida descendió del cielo, penetrando en su pecho por el mismo punto del corazón y prendiéndole fuego. Nos parece claro, según la teología mística más exigente, que aquel día el Hermano Raúl fue agraciado con lo que se conoce como transverberación, la gracia que empuja a las almas a las cumbres de la unión espiritual con Dios.



De hecho, nos dimos cuenta de que, durante el resto del día, el Hermano Raúl sólo llevaba una camiseta ligera bajo su ropa de trabajo, tanto ardía el fuego en su interior y calentaba su cuerpo a

pesar del día nevado. Ardiente de amor divino, estaba inmerso en el horno del Corazón de Jesús y transportado de alegría en alegría.

Afortunadamente, repito, afortunadamente, este sublime y rarísimo acontecimiento tuvo lugar la víspera de la muerte del venerable hermano Raúl de Martinica, donado, pues es seguro que si hubiera vivido más tiempo habría sido la causa del décimo gran incendio del monasterio de la Gran Cartuja...

*

Desgraciadamente, aquí acaban las notas del archivero D. Luc Fauchon. El último párrafo sobre la transverberación data de la víspera de su propia partida para el Reino.

Sólo Dios sabe qué misterios de la vida del Hermano Raúl nunca nos serán conocidos, puesto que el hombre que debería haberlos escrito se los llevó consigo al Cielo...

¡Demos gracias, demos gracias!